

Humanizarse para humanizar

A través de estas páginas se nos invita a entrar en un dinamismo relacional que sea intensamente humanizador. Se quiere enseñar humanidad a los religiosos. Sin duda, que si algo nos falta a los consagrados es humanidad, calidad humana. Por lo demás, estamos viviendo en una sociedad urgentemente necesitada de una auténtica revolución humanista.

Z. Bauman nos diría que nos encontramos en “una modernidad líquida”; en ella las condiciones de la vida humana cambian antes de que se consoliden en sanos roles y buenos hábitos. El nuestro, con frecuencia, es un proceder desanclado. La vida se está volviendo incierta y permanentemente amenazada por la sombra del futuro y su velocidad es mucho más rápida que la capacidad de imaginarla. Para Zigmunt vivimos como si camináramos sobre hielo, como si la única forma de avanzar fuera la de ir cada vez más rápido, dando un paso lo más pronto posible y lamentablemente antes que el equilibrio nos llegue. Los reales riesgos no faltan. Esta es la necesidad de nuestro tiempo; conseguir un nuevo paradigma que responda de forma eficaz y evangélica a la misión de ser presencia de Jesús en el mundo actual. En realidad, estamos adormecidos en un “sueño de inhumanidad” (J. Sobrino).

Ciertamente, si algo le falta al mundo de hoy es, sin duda, humanidad. Maritain, dice que el término humanismo es ambiguo, como ambiguas son las relaciones humanas ya que una buena parte de las mismas en los seres humanos han adquirido una trágica significación. El avance técnico pasó a marcar el rumbo y el ritmo del caminar de los seres humanos.

Estamos necesitados de una verdadera revolución humanista, de la construcción de un mundo más genuinamente humano y de una vida cristiana y religiosa plenamente humana. Para lograrlo hay que cambiar las metas y también los caminos a seguir y, por supuesto, los compañeros de ruta. A la Vida Consagrada le es urgente recuperar y reforzar valores, actitudes, comportamientos que tienen fecha de caducidad y, sin embargo, son los que poseen la capacidad de hacer a las personas más humanas.

Se escribe bastante sobre este tema. Y se hace porque se pide y se pide porque se necesita. Se quiere encontrar el camino para hacer de la vida

consagrada una escuela, un hogar de humanidad en y para el contexto sociocultural que nos rodea. En esa línea se sitúa este número de Testimonio y los de todo el año 2017. Para ello necesitamos maestros, experiencias, reflexión, caminos, preguntas, respuestas, testimonios, opciones claras. ¿Qué decimos los religiosos del s. XXI cuando decimos ser humano, hombre, mujer? ¿Qué digo yo cuando afirmo que creo en la persona humana? ¿Qué consecuencia tiene eso en nuestra oración, en la distribución de nuestro tiempo, en la calidad de nuestro compartir, en nuestra vivencia de la sexualidad y de la afectividad, en nuestras relaciones, en nuestro proceder como ciudadanos, en el ejercicio de las diversas responsabilidades que asumimos? En estas páginas centramos nuestra atención en la repercusión que tiene en las diversas relaciones interpersonales del religioso.

En ellas hay preguntas, y también respuestas. Se intenta dibujar cómo debe ser la vida religiosa que se humaniza y humaniza con las buenas relaciones interpersonales. Darse la tarea de ser plenamente humanos es el desafío primero que algunos grupos de religiosos y religiosas se deberían dar. Sobre todo si se parte de esta gran realidad: el seguimiento de Jesús, un Dios que se hizo ser humano y vivió humanamente. Tenemos que dar un paso más y recordar que nuestra misión es humanizar. Humaniza, como se señala en varios de estos artículos, la fe, la celebración eucarística, la transparencia, la justicia, la verdad, la ternura, el trabajo, la sexualidad, el diálogo, los encuentros, la convivencia, la fraternidad.

En los mejores tiempos de la historia de la vida consagrada, esta supo ofrecer alternativa de humanidad y mostró en qué consistía la verdadera humanidad y vivir humanamente. En este aspecto estamos en deuda. A esa urgente alternativa para nuestros días la llamaríamos un nuevo paradigma de vida religiosa. Debo afirmar que humanizarse no es poner intensidad de una manera hasta obsesiva en el sufrimiento, la sumisión, el aislamiento, las renunciadas y la fealdad. No es tampoco quedarse con una parte del ser humano y priorizar el espíritu y quitar valor e importancia al cuerpo y a la materia; no es desprestigiar la libertad y reducirlo todo a obediencia ciega. La meta es integrar y darle espacio tanto al dolor como al gozar, a la búsqueda como al encuentro, al silencio como a las palabras, al alejarse como al compartir, a la mente como al corazón. No hay que contraponer espiritualidad y actividades humanas. Mal integrados todos estos aspectos, orientados exclusivamente a las renunciadas o a los excesos, hieren fuertemente nuestra ansia de realización humana, truncan nuestro sano deseo de humanidad. Bien vividos nos dejan con alas para volar alto y rápido en nuestros días.

En ese sentido, no hay duda que la vida consagrada ha dado importantes pasos en el camino de la humanización en las últimas décadas y sobre todo después del Concilio Vaticano II, como se advierte en varias de las experiencias presentadas; hay que seguir por ese camino ya que como bien se ha dicho “en ella lo que hay de pecado es lo que le falta de humanización”. Con Evangelio en mano, tenemos que concluir que nuestra vocación consiste en ser humanos y vivir humanamente, ya que el Evangelio está hecho a la medida de lo más auténticamente humano; con el

Evangelio en mano se cuestionará, también, fácilmente nuestras interpretaciones del ser humano y nuestro modo de proceder y sobre todo se le llenará de pasión y de compasión. Hay varias realidades que hacen nuestra vida consagrada intensamente humana en las relaciones interpersonales: la gratuidad, la alegría, la misericordia, la sabiduría, el amor, un modo sencillo de vida y el servicio. No hay duda que este “piso” de humanidad es indispensable para que sea significativa y fecunda. Bien podemos decir que “antes” de ser religiosos hay que ser personas. Para ello tenemos que saber mostrar la verdadera fisonomía de la persona humana hecha carne en la Vida consagrada. Esa fisonomía pasa por la mirada serena, los ritos de la vida humana bien hechos, el saludo amigable, la relación acogedora, el perdón, el agradecimiento, el silencio, la oración, la narración interesante y el cuidado del otro.

El objetivo de este número de Testimonio es importante y ambicioso: articular y presentar una forma de vida consagrada que sea germen, testimonio y propuesta de una humanidad alternativa en relación con la realidad cultural en la que vivimos. Con toda seguridad que en el intento y esfuerzo por alcanzar esa meta nos quedaremos cortos. Ser más auténticamente humanos es condición indispensable para poder ofrecer esta alternativa a nosotros mismos y a los integrantes de la sociedad en la que estamos. Una alternativa que no es ni ha sido en el pasado de libro, sino una verdadera forma de vida ya que “creer en algo y no vivirlo es deshonesto” (M. Gandhi). Las cosas solo se entienden bien cuando se encarnan. Cuando nacen de un verdadero “genio” de humanidad y de gracia. Como en varios de los artículos se analiza la relación interpersonal en la vida consagrada se vive de una manera especial en la estructura de una comunidad muy original en su composición y en la condición de sus integrantes y en su organización. De esa bien especial situación pueden surgir orientaciones importantes para todo tipo de convivencia.

No debemos dejar el mundo y nuestra sociedad en la zona de lo opaco, lo mediocre, lo indiferente y el vacío. Es urgente proponer un modelo cultural. La capacidad de mística y de profecía de la vida religiosa le da autoridad moral para hacer este aporte. Aporte que no lo logran los calculadores y oportunistas; pertenece y procede “de la imprudencia, típica del místico que conduce la historia” (P. Casaldáliga). En este número de Testimonio queremos iniciar una reflexión que nos permita llegar a formular esta alternativa que es propuesta de vida humana plena y que nace del acervo de experiencia de humanidad que tiene la vida religiosa. El querer del Padre es que todo ser humano y, sobre todo el religioso, llegue a la plena realización humana.

José Ma. Arnaiz, SM

Director